

Dos barrios, un mismo idioma

POR AGUSTINA GONZÁLEZ CARMAN

Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Trabajó en el Servicio Penitenciario Bonaerense entre 2004 y 2009. Actualmente colabora en la revista digital *Paco* y escribe el blog *Libertad Condicional*, en donde desmitifica los discursos que circulan sobre la maternidad.

“The Wire describe un mundo en el que el capital ha triunfado por completo, la mano de obra ha quedado marginada y los intereses monetarios han comprado suficientes infraestructuras políticas para poder impedir su reforma. Un mundo en el que las reglas y los valores del libre mercado y el beneficio maximizado se confunden y diluyen en el marco social, un mundo en el que las instituciones pesan cada día más y los seres humanos, menos”. Esto asegura el creador de una de las series más exitosas de la cadena HBO, cuya representación de la realidad social de los barrios bajos despertó la atención de televidentes de todo el mundo.

La serie, a lo largo de cinco temporadas, retrata la crisis de Baltimore, una ciudad industrial en declive de los Estados Unidos -de mayoría negra- cuyos barrios populares han sufrido una progresiva degradación. La elección de Baltimore como escenario de la serie no es casual: es la ciudad estadounidense con mayor índice de pobreza, marginación y delincuencia.

En nuestro país, desde el año 1999 -siendo Carlos Ruckauf gobernador de la provincia de Buenos Aires- las políticas carcelarias represivas se acentuaron a partir de la propuesta de “que los delincuentes se pudran en la cárcel”. Desde ese año, la Legislatura bonaerense sancionó quince reformas al Código Procesal Penal para alargar las penas y negar excarcelaciones. El resultado fue preocupante. El número de personas privadas de su libertad comenzó a ascender notablemente por lo que se dio una situación de hacinamiento en las cárceles bonaerenses y una sobrepoblación en las comisarías. Para paliar esta situación la provincia de Buenos Aires puso en marcha la construcción de

una gran cantidad de unidades penales y alcaldías. La mayoría de ellas fueron inauguradas en el año 2004 bajo el mandato de Felipe Solá, con León Arslanián como ministro de Seguridad Bonaerense. En este contexto se inscribe la creación de la Unidad N° 39, la cual forma parte del conjunto de cárceles construidas en este período para atender la problemática de la sobrepoblación. La misma fue inaugurada el 27 de agosto de 2004 y se encuentra en la intersección de las calles Pringles y Ecuador del partido de Ituzaingó, en el oeste de la provincia de Buenos Aires.

A su vez, la Unidad fue creada con el objetivo de absorber la demanda laboral de los vecinos del municipio después de la crisis económica y laboral que afectó al país en el año 2001, por lo que contrató y capacitó a aproximadamente 500 personas que residían en el distrito. Además, la mayoría de los internos que fueron destinados a cumplir su condena en el penal de Ituzaingó tenían a sus familias viviendo cerca, por lo cual muchos se conocían entre sí “de la calle”. No sólo provenían de las mismas clases sociales, sino que en muchos casos asistieron a la misma escuela o fueron amigos del barrio. ¿Cómo afecta a un barrio del conurbano bonaerense, conformado por familias trabajadoras de origen humilde, la implantación de un centro de detención en el corazón del tejido urbano? ¿De qué manera impacta esta mutación de la configuración geográfica en las prácticas culturales que se desarrollan en el barrio desde antes de la aparición del penal? Este contexto, en el que se inserta la aparición de la Unidad N° 39 de Ituzaingó, nos permite reflexionar sobre la articulación de diversos actores geográficos como el barrio y la “zona oeste” como configuradora de



MARTÍN BORDENAVE

► un tipo de identidad, y las relaciones que se establecen entre estos actores entre sí, sobre todo teniendo en cuenta que los detenidos pueden acceder al beneficio de alojarse en un penal determinado de acuerdo a la cercanía del mismo a la vivienda de sus familias y que, además, la mayoría de los funcionarios penitenciarios crecieron en el mismo barrio que los detenidos.

La relación entre la identidad que configura el barrio, el conurbano -como un espacio geográfico con una mitología especial a través de la cual se lo relaciona a determinadas prácticas- y la creación de un centro de detención en una porción del entramado urbano que anteriormente era conocido como "tierra de nadie", me remite inmediatamente a *The Wire* -la exitosa serie emitida desde 2002 por HBO.

A lo largo de cinco atrapantes temporadas se pone en cuestión el *statu quo* que afirma quiénes son "los buenos" y quiénes son "los malos" en el complejo entramado social. Cada temporada tiene un cierre en sí misma y una relación global con las demás, lo que la convierte en una verdadera obra maestra audiovisual. La primera temporada se centra en las luchas entre la policía y las bandas de narcotraficantes en el distrito oeste de la ciudad, visto desde ambos puntos de vista. En la segunda se trata el contrabando de mercancías y los problemas de los sindicatos, mostrando por primera vez a los proveedores de insumos para las drogas. La tercera temporada se centra en los políticos locales, las luchas por el poder y el liderazgo social. La cuarta pone en jaque al sistema educativo y la vinculación con los niños de escasos recursos y, por último, la quinta trata sobre los medios de comunicación en relación con la construcción de la verdad.

MANOS NEGRAS Y GANTES BLANCOS

Una de las cuestiones que la serie pone sobre la mesa es cómo la gran mayoría que forma parte de la sociedad, los que son considerados "normales", participan de los mismos vicios que el submundo del *ghetto*, y a veces de algunos peores relacionados con el abuso de poder y con la explotación del lugar que ocupan para beneficiarse a sí mismos. Hay depredadores y víctimas en las calles, al igual que en los despachos, en las redacciones y en los cuarteles de policías. Hay héroes y mártires en cualquiera de las dos orillas, así como también familias disfuncionales, víctimas y abusos.

En relación con el sistema carcelario en la Argentina, podemos ver cómo esta institución se ha convertido en un espacio más donde la pobreza es criminalizada, ya que un chico de 18 años que roba un pasacasete puede estar años detenido en un penal, procesado y sin condena, mientras que una persona que comete un delito económico o de corrupción es silenciosamente protegido.

EN RELACIÓN CON EL SISTEMA CARCELARIO EN LA ARGENTINA, PODEMOS VER CÓMO ESTA INSTITUCIÓN SE HA CONVERTIDO EN UN ESPACIO MÁS DONDE LA POBREZA ES CRIMINALIZADA, YA QUE UN CHICO DE 18 AÑOS QUE ROBA UN PASACASETE PUEDE ESTAR AÑOS DETENIDO EN UN PENAL, PROCESADO Y SIN CONDENA, MIENTRAS QUE UNA PERSONA QUE COMETE UN DELITO ECONÓMICO O DE CORRUPCIÓN ES SILENCIOSAMENTE PROTEGIDO.

A partir de un trabajo de investigación que realicé en la Unidad N° 39 de Ituzaingó, entre los años 2006 y 2009, he podido observar que los sistemas penitenciarios no constituyen realmente una institución que promueva la reinserción en la sociedad de individuos que se han desviado de la norma social, sino que intentan ejercer un control sobre el comportamiento de los mismos incentivado por el discurso de la seguridad que pregonan en la actualidad los medios masivos de comunicación. Tampoco consideran al delito como producto de otros factores determinantes como la pobreza estructural, la desigualdad en el acceso a la educación y la falla sistemática de todas las instituciones del Estado, sino como una cuestión meramente de responsabilidad individual (el que roba es porque quiere).

Por otra parte, dentro de la institución penitenciaria se establece un sistema de jerarquías que permite que allí las situaciones de abuso de poder por parte de las autoridades hacia los internos -como un actor social homogéneo- sea moneda corriente. A su vez, dentro del grupo de detenidos existen diversos matices que condicionan el acceso a beneficios dados, principalmente, por el acceso al dinero, la antigüedad de detención, la calidad de los delitos cometidos, el tráfico de influencias, la clase social y la edad. Estas características permiten establecer una jerar-

LA INSTITUCIÓN PENITENCIARIA NO RESOCIALIZA, SINO QUE CASTIGA; Y NO SÓLO CASTIGA CON LA PRIVACIÓN DE LA LIBERTAD: TAMBIÉN CON UNA SERIE DE PRÁCTICAS DEGRADANTES SOBRE EL CUERPO, SOBRE LA AUTOESTIMA Y SOBRE LA PROPIA IDENTIDAD, LO QUE RESULTA ALTAMENTE PERJUDICIAL TANTO PARA EL INTERNO COMO PARA LA SOCIEDAD, UNA VEZ QUE ÉSTE ACCEDE A LA TAN PRECIADA LIBERTAD.

quización de los internos, perpetuando aún más la desigualdad inherente a este sistema que se caracteriza por criminalizar la pobreza. La institución penitenciaria no resocializa, sino que castiga; y no sólo castiga con la privación de la libertad: también con una serie de prácticas degradantes sobre el cuerpo, sobre la autoestima y sobre la propia identidad, lo que resulta altamente perjudicial tanto para el interno como para la sociedad, una vez que éste accede a la tan preciada libertad. Salir de la prisión sin herramientas para afrontar el difícil mundo laboral, cargando con el estigma de la prisionalización y habiendo quebrado los lazos sociales, tanto familiares como comunitarios, hace que la vida en libertad no se parezca en nada al idilio con el cual se la ansía.

El trabajo realizado consistió en la creación de un taller de comunicación en el cual participó un grupo de internos y estudiantes de carreras sociales con el objetivo de crear una revista, financiado por el Programa de Voluntariado Universitario. Los encuentros comenzaron en el año 2006 pero la primera edición de *La Cigarra* la tuvimos en nuestras manos el miércoles 24 de abril de 2007. Se imprimieron 1.500 ejemplares y repartimos 1.300 entre los internos que participaban en el proyecto.

El precio sugerido de venta del ejemplar fue de un peso. A cada familiar le correspondieron cien revistas y el dinero recaudado fue íntegramente para ellos. Enviamos varios números a los medios locales que se hicieron eco de nuestro proyecto. Llevamos ejemplares a las municipalidades de Ituzaingó, Morón y Merlo y a la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Unas semanas más tarde comenzaron a comentarse los resultados. "Vendí casi todo. Me fui a Laferrere a la casa de mi hermana y ahí también vendí. Me quedan unas veinte nomás". La mamá de Iván, uno de los internos participantes, cuenta: "El otro día estaban los amigos de Iván en la esquina de casa y los agarré a todos juntos. ¿Quiéren leerla? Un peso vale, me gané como nueve pesos en cinco minutos". El grupo de internos estaba completamente sorprendido de que *La Cigarra* fuera un éxito, de que haya gente interesada en saber lo que piensan, lo que tienen para decir. Con la revista en la mano pudimos confirmar que la consigna que les planteamos desde el primer día fue altamente cumplida: hablar "desde" la cárcel, con el filtro de percepción que brinda el encierro, y no "de" la cárcel, de la cual se dice mucho y se sabe muy poco.

SLANG DE BALTIMORE O JERGA TUMBERA DEL CONURBANO

En los años durante los cuales desarrollé mi investigación, pude observar la apropiación del lenguaje oficial que hacen los internos para reformularlo, o deformarlo, en lo que se conoce como *lenguaje tumbero*. Esta jerga, que nació hace varias décadas como una forma de comunicación entre internos que pudiera escapar a la comprensión de los vigilantes, fue expandiéndose cada vez más hasta llegar a ser, en la actualidad, un modo de comunicación entre presos entre sí, y entre ellos y los guardias. Además, la *jerga tumbera* es moneda corriente en los barrios bajos del conurbano, de donde provienen la mayoría de los detenidos de la Unidad N° 39. Este tipo de lenguaje es acompañado por movimientos de manos y corporales como las caminatas características que hacen los internos, a veces solos o con su *rancho*, caminando agarrados del brazo a lo largo de pocos metros ida y vuelta; una necesidad -según me han explicado tanto internos como guardias- que nace de la imposibilidad de andar largos trayectos, consecuencia del cautiverio.

Tanto en un barrio del conurbano como en Baltimore, el lenguaje es uno de los elementos que funcionan como bisagra del mundo: el del barrio bajo, *ghetto* o conurbano, regido por la pobreza, delincuencia y el tráfico de drogas, y el de los ciudadanos "normales", donde cada cual tiene su empleo fijo con el que sale adelante como puede. En ambos mundos se emplea un idioma diferente: el lenguaje coloquial frente al *slang* barriobajero, en Baltimore, y el *lenguaje tumbero*, en el conurbano bonaerense. ►

► reñe. En *The Wire* el lenguaje se configura como uno de los elementos más importantes de la serie, lo que le da el pulso de lo real, incluso para quien no tenga ni idea del idioma inglés. Los cambios en la entonación y en la inflexión de la voz son tan notables que se convierten en la carta de presentación de cada personaje, permitiendo al espectador distinguir el origen y la posición social que ocupa en su entorno. Para mantener la cuota de realidad, los creadores de la serie contrataron a verdaderos habitantes de los barrios bajos de Baltimore, en lugar de actores experimentados, brindando frescura y mucha fluidez a las conversaciones.

En San Alberto, el barrio en donde se emplaza la Unidad N° 39, se utiliza la *jerga tumbera* tanto "adentro" como "afuera" del penal, constituyendo una herramienta que configura las relaciones sociales entre los diversos actores. Las autoridades del Servicio Penitenciario Bonaerense lo utilizan sólo para comunicarse con internos, mientras que con los medios de comunicación, políticos, representantes del juzgado y otros actores formales utilizan el lenguaje coloquial. Los internos y los guardias lo utilizan para comunicarse entre ellos y ese uso común los homogeneiza en un espacio vincular: el origen social, el barrio y los amigos que la mayoría comparte. Allí se da la mayor tensión porque, en muchos casos, el hecho de que unos sean presos y otros guardias es aleatorio, una cuestión del destino. Sin embargo, unos cuidan, dan órdenes, y abusan de los otros, a la vez que comparten espacio y tiempo, códigos y orígenes. Si bien el estatuto penitenciario prevé que para ingresar como funcionario de la institución no se debe contar con antecedentes penales, en la práctica eso no sucede, lo que confirma el carácter aleatorio de la situación de cada uno. Cuando hacía mi investigación en la Unidad uno de los jefes del área penal me confesó que las marcas que tenía en el brazo, parecidas a quemaduras, eran el producto de haberse "rebanado" la piel para quitar los *tatuajes tumberos* que se había realizado en su adolescencia y con los que no hubiera podido ingresar a la institución cuando decidió *rescatarse*¹.

Al respecto, los sociólogos Ríos y Cabrera (1998: 45) señalan que "personas que en la calle podrían llegar a ser incluso amigos, en el anormalizador y violento contexto penitenciario, a lo más que pueden aspirar es a soportarse, y de lejos, o simplemente a "pasar" mutuamente unos de otros".

Esta observación de Ríos y Cabrera también sirve para explicar por qué tanto internos como guardias comparten el mismo lenguaje y los mismos movimientos corporales, aunque se presenten como agentes antagónicos dentro del entramado carcelario. Si bien ya existe una serie de similitudes previas entre agentes y presos, éstas se exacerban aún más al compartir el encierro. Además, esas similitudes tienen su raíz en el origen compartido: el barrio.

COMO EN LA CANCIÓN DE LOS BEATLES, HERE, THERE AND EVERYWHERE

Volviendo a *The Wire*, podemos observar que la serie realiza una exhaustiva radiografía de los principales componentes de la sociedad occidental contemporánea. Aunque está situada en Baltimore, la descripción de la ciudad se vuelve extrapolable a cualquier barrio del mundo actual. Mientras otras series norteamericanas como *CSI* o *La ley y el orden* presentan el sistema judicial y policial como instituciones eficaces con valores absolutos de honestidad y compromiso con la verdad, *The Wire* ofrece una crítica del poder institucional y los discursos de verdad asociados a ese poder. No nos muestra una estructura coherente, sino los conflictos internos que son propios de cualquier institución: burocracia, rivalidades personales, abuso de poder, problemas de presupuesto y asuntos personales -como el alcoholismo del detective McNulty- que interfieren en los asuntos laborales.

Por su parte, el Sistema Penitenciario Bonaerense de nuestro país es una institución que, habiendo integrado la trama de fuerzas que formaron el aparato del terrorismo de Estado, prácticamente no fue revisada en dos décadas de legalidad constitucional. El papel de los penitenciarios recién comenzó a investigarse en los Juicios por la Verdad que actualmente lleva adelante la Cámara Federal de La Plata.

Sin embargo, el fin de los años '90 dejó no sólo una crisis económica e institucional que tuvo su estallido más importante el 20 y el 21 de diciembre de 2001, sino una masa inmensa de personas desempleadas y excluidas, acompañado de un grave aumento del consumo de drogas de baja calidad, lo que fue consolidando el índice de pobreza es-

SI BIEN YA EXISTE UNA SERIE DE SIMILITUDES PREVIAS ENTRE AGENTES Y PRESOS, ÉSTAS SE EXACERBAN AÚN MÁS AL COMPARTIR EL ENCIERRO. ADEMÁS, ESAS SIMILITUDES TIENEN SU RAÍZ EN EL ORIGEN COMPARTIDO: EL BARRIO.

ESE MUNDO QUE PERMANECE EN LAS SOMBRAS DE NUESTRA SOCIEDAD SÓLO SE NOS REVELA EN LA MEDIDA EN QUE OTRO LO REPRESENTA Y LA IMAGEN MEDIÁTICA DE LA DELINCUENCIA QUE RELATAN LOS NOTICIEROS Y LOS REALITY SHOWS SE PARECE POCO A LO QUE SUCEDE MUROS ADENTRO.

tructural. Varias de las causas del desempleo que derivó en tan gravísima crisis se deben a la ley de Reforma del Estado impulsada durante la década de 1990 por el entonces presidente Carlos Menem, la cual supuso el blanqueo del desempleo encubierto, que consistía en la contratación por parte del Estado de personas que no desempeñaban tareas o realizaban tareas de muy baja productividad. Esto, acompañado del proceso de privatización y de concesión de las empresas públicas, especialmente las de servicios, produjo despidos en masa y el índice de desempleo aumentó de una manera brutal.

Esta crisis económica, social e institucional, también dejó su impronta en los consumos culturales. Repentinamente, *lo marginal* se convirtió en un consumo de moneda corriente para las clases medias que dejaron de bailar música disco en los cumpleaños de quince y la cambiaron por la cumbia, el ritmo popular. Programas de televisión como *Okupas* y *Tumberos* se convirtieron en éxitos inesperados de rating. Aun antes de que la *cultura tumbera* se masificara, el periodista Rolando Graña conducía *Pabellón Cinco*, *sueños de libertad*, en donde recorría cárceles de Argentina y de países limítrofes. Más adelante en el tiempo, el programa *Cárceles*, conducido por Diego Alonso -protagonista de la serie *Okupas*- y películas como *Leonera* de Pablo Trapero pretendían retratar la realidad de un mundo que permanecía hasta ese momento en las sombras y que repentinamente se convirtió en un objeto de deseo para la clase media y para la investigación académica, en tanto emergente de una época.

Recuerdo que en una oportunidad uno de los internos con los que conversé al realizar mi investigación me dijo: "Si yo mirara estos programas de televisión y viera que los presos hablan con ese lenguaje, se faquear² todo el día, se drogan, se pelean, ni pensaría en darle trabajo a alguien así. Esta imagen que dan de nosotros en la televisión no ayuda. Hace que cuando por fin consigamos la libertad, sólo sigamos siendo más excluidos". Ese mundo que permanece en las sombras de nuestra sociedad sólo se nos revela en la medida en que otro lo representa y la imagen mediática de la delincuencia que relatan los noticieros y los *reality shows* se parece poco a lo que sucede en los muros adentro. O se parecía, hasta que llegó *The Wire*, y puso en el tablero de ajedrez del entramado social a los peones, a los caballos y también a los reyes.

Mientras tanto, en San Alberto, el barrio cambió. Desde que la cárcel fue implantada en Pringles y El Salvador, los comercios se expandieron, las calles se iluminaron, se parquizaron los espacios verdes y los chicos juegan durante el día en las nuevas plazas del barrio. Dejó de ser el lugar impenetrable que era en la década anterior, y cuenta con varias líneas de colectivos. Muros afuera, la revista tuvo mayor repercusión que la esperada. El kiosco que está enfrente del penal, conocido como el kiosco del "Barba", colocó un pequeño stand en donde ofrece la revista para sus clientes. Los fines de semana, días de visita de internos, el kiosco tiene mucha clientela. Le compran facturas y yerba para el mate, caramelos y otros elementos permitidos por la requisa del penal. Los internos que participaron de la experiencia están desconcertados por el éxito de venta. Los cuerpos están atrapados pero las palabras se cuelan por los muros; pueden contarles a sus sobrinos, a sus hijos, a sus amigos de la infancia y a sus padres lo que pasa en los muros adentro; pueden contarles cómo se sienten, cómo piensan, y saber que del otro lado del muro existe alguien que está escuchando.

Cuando *La Cigarra* se encendió, las cámaras no estaban ahí para contarle, pero al menos queda la esperanza de creer que esos hombres llevarán en su recuerdo la imagen de alguien ocupándose de ellos, lo que para mí significa tarea cumplida. •

Bibliografía

Cabrera, P. y Ríos, J. (1998). *Mil voces presas*. Ed. Universidad Pontificia de Comillas.

Notas

¹ El término alude al hecho de "hacer las cosas bien".

² El verbo faquear viene de *faca*, término que hace referencia a las armas de fabricación casera que se utilizan en las cárceles.